

PRÓXIMO NÚMERO: **EXTRAORDINARIO**  
SÁBADO, 25 DE ABRIL

La preciosa comedia de la Selección  
«ÓPTIMA» del Programa  
VILASECA & LEDESMA, S. A.

# El pequeño Robinson

Sublime interpretación del  
pequeño gran actor

**JACKIE COOGAN**

Emoción — Interés

Lujosa presentación — Portada a bicolor  
64 páginas 20 fotografías

Postal-fotografía: **MARY CARR**

Precio excepcional: 50 céntimos

No deje usted de comprar el mismo sábado, día 25  
del corriente, este precioso número extraordinario.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 148

25 cts.



¡CUIDADO,  
SOLTEROS!

por  
Patsy Ruth Miller  
y Douglas Mac Lean

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 148

---

## ¡CUIDADO, SOLTEROS!

Deliciosa comedia cinematográfica, inspirada  
en la comedia musical de  
HENRY M. BLOSSOM y ALFRED G. ROBYN

---

PRODUCCIÓN AMERICANA

---

EXCLUSIVA DE  
LEVANTISCHE FILMS  
Fontanella, 9 — BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
CONRAD VEIDT



# ¡CUIDADO, SOLTEROS!

Argumento de la película de dicho título

Llueve copiosamente.

Nueva York está triste bajo las lágrimas que brotan del cielo.

En una casa de uno de los mejores barrios de la cosmopolita ciudad, un criado espera impaciente el regreso de su "señorito".

Inesperadamente llega a dicho hogar un amigo de su dueño, que se llama—el amigo—Santiago Morrell, y que es un cuarentón muy jovial y serio, según lo que requieran las circunstancias.

Apenas le ve, el criado le dice:

—Me alegro mucho de que haya usted venido, señor Morrell.

—¿Qué pasa, Sinforoso?

—Me tiene muy preocupado el estado del señorito Carlos. Su conducta, de unos días acá, me tiene intranquilo. Está inquieto, nervioso.

—¿No sabe usted si se ha disgustado con alguien?

—Lo ignoro en absoluto.

—A ver; dígame una cualquiera de las características del cambio que, según usted, se ha operado en la idiosincrasia del "señorito".

—Mire usted: hace un momento, el señorito Carlos estaba aquí sentado. Pues bien: ha dado un salto y se ha lanzado a la calle, con el chubasco que está cayendo, ¡pásmese usted!, para comprar un paraguas.

—Esto es muy curioso. Se va a mojar en el trayecto de ida a casa del vendedor... para darse el gusto de lucir el paraguas en el de vuelta aquí. Es la primera vez en mi vida que me entero de un "caso" semejante.

—El doctor Miller, que le visitó el otro día, me dijo que el señorito Carlos estaba a punto de ser víctima de una depresión nerviosa.

—Qué raro... qué rarísimo...

—¡Ya está aquí de vuelta!

—¿Cree usted que es él?

—Ya lo creo que lo es. ¿No le ve usted silueteado en el cristal de la puerta, pugnando por cerrar el paraguas?

—Sí, es mi amigo. No consigue, al parecer, reducir el varillaje.

—Ahora abre la puerta.

—¡Chis! No diga nada. Está muy excitado... y sigue sin poder cerrar el paraguas.

—Lo va a romper sí, como estoy viendo que va a ocurrir, se empeña en entrar en la casa con el armatoste abierto... ¿Qué le parece, eh? ¡Ya lo echó a perder!

—No hable más. Deje que él nos vea, y luego, a solas conmigo, Carlos no se negará a hacerme la confidencia de sus pesares que le han conducido a ese resultado.

—Ya nos ha visto...

—Bien; ahora veremos lo que hace.

—¡Sinforoso!



—¡Me ha llamado! Señorito...

—¡Este paraguas... al fuego! ¡No quiero trastos insoportables!

El criado obedece con sumisión de esclavo atemorizado, Carlos se deja caer pesadamente en un sillón; y Morrell, a quien su amigo apenas le ha saludado, se acerca y abre el siguiente diálogo:

—Carlos, yo soy tu mejor amigo y una vez más te ruego que me escuches.

—Ya me sé de memoria tu discurso...: "Que tengo mucho dinero y muy pocas preocupaciones..." ¿Verdad?

—*Piano, piano*, Carlos; no te enojas con este viejo camarada que te aprecia como un hermano.

—Pero si es que siempre me sales con lo mismo... Tú crees—quieres decirme otra vez—que tengo necesidad de una mujer, o de un bufón, o de un caballo...; ¡de algo!; ¡de cualquier cosa!... ¿No es eso?

—Efectivamente. Es indispensable que abandones esta vida sedentaria que entumece tus energías. Debes agitarte en el gran tren de la sociedad, como a tus años y a tu fortuna corresponde.

—Todo me aburre.

—Anda, ven conmigo, y ya verás si aun quedan por ahí interesantísimas novedades que tú desconoces. Una de ellas es una muchacha monísima, una criatura angelical; un ideal de mujer, con la que deberías casarte.

—Si tantos encantos reúne esa émula de Venus, ¿por qué no te casas tú con ella?

—En estos momentos sólo se trata de ti... Yo, como si fuera un abuelo..., el tuyo, por ejemplo.

—No quiero mujeres.

—Si no te satisface la mayor diversión que se

ha creado para el hombre dándole formas delicadas, de exquisito tacto, hay otra, distinta totalmente de la primera, pero muy eficaz en su género, para matar el tedio.

—¿Cómo se llama ese medicamento?

—Trabajo.

—A fe de Carlos Ainsworth que soy, tú no sabes lo que dices: los Ainsworth no trabajamos desde hace cinco generaciones.

—¡Pues sí que disfrutáis de una vacación larga!

—Inagotable.

—Y eso es, precisamente—la ociosidad,—lo que ha acabado por postrarte en un estado moral altamente desagradable. Lo tienes todo y no tienes nada. Sin la luz de un ideal, no hay felicidad posible para nadie. Te apuesto cinco mil dólares a que al mes de ocuparte de algo provechoso, la vida te parecería mucho más interesante.

—¡Eureka! Al fin diste con el truco. Me has tocado la fibra sensible: las apuestas.

—Entonces...

—Acepto seguir tu consejo de trabajar, durante un mes. Expirado ese plazo, si me siento el mismo de antes, tú pierdes. Si sucede lo contrario, con toda sinceridad me daré por vencido.

—De acuerdo. No hay más que hablar. Ocupémonos desde este momento de la base de nuestra jugada.

—¿Qué vas a hacer de mí?

—En la Agencia Daby, de viajes y turismo, necesitan un empleado inteligente. Voy, desde aquí mismo, a ofrecer por teléfono tus servicios al gerente.

—Bueno.

—¡Oiga!... ¿Es con el señor Penjolder con quien



hablo?... Le telefona su amigo Morrell... Yo sé de un joven que puede llenar la plaza disponible en esas oficinas... Respondo de él... ¿Cómo?... Muchas gracias. Se presentará mañana.

\*  
\*\*

Al día siguiente, Carlos se ha convertido ya en empleado sin pretensiones.

Su obligación consiste en despachar billetes de ferrocarril, pasajes para buques y atender a los solicitantes de toda clase de datos referentes al turismo en el orbe entero.

Al tercer día de su transformación de hombre rico en ser de categoría media, Morrell visita a Carlos en la oficina.

—¿Cómo va la nueva vida, amigo mío?

—Por ahora mal, chico, muy mal. Tú me dijiste que aquí me divertiría mucho discutiendo con los clientes acerca de las bellezas imaginarias y rea-

les de tal o cual lugar del mundo que desearan conocer... pero no tengo motivo de hacerlo, pues se nota una gran crisis de viajes por capricho.

—No había contado con ese inconveniente de los actuales tiempos, Carlos. Sí que lo siento.

—Si esto no se anima, me voy a aburrir mucho más que antes... y es seguro que tú pierdes la apuesta.

—No desesperes aún... El plazo de treinta días es muy largo todavía. Apenas han transcurrido ya tres jornadas. Las veintisiete restantes pueden llevar en su seno muchas sorpresas.

—A este paso...

—Lo que no ocurre en un año...

—Por mí, que pasen tantas cosas como la Providencia quiera.

—Por de pronto, hoy te voy a dar un poco más de trabajo.

—¿De qué se trata?

—Dame un pasaje de preferencia para Río de Janeiro.

—¿Te vas y me dejas... y decías que me apreciabas?

—Es preciso... Asuntos de familia me reclaman allí por poco tiempo.

—No parece sino que tú mismo deseas que yo gane la apuesta.

—Hombre, te agradezco la atención de considerar mi presencia en Nueva York como un elemento eficaz para estimularte a tener confianza en que hay muchos misterios para ti en la vida, cuya revelación puede darte la dicha de que te ves privado... Sin embargo, no puedo quedarme... A pesar de todo, creo que llegarás a darme la razón...

—Lo dudo.



—Ya me escribirás; es decir, yo te mandaré primero una postal apenas llegado a destino, anunciándote mi feliz travesía... y mi dirección. Además, por de contado, pensaré en ti noche y día.

—Cual si yo fuera tu novia...

—¡Eh! ¡Frena! No creo que tú tengas nada de chica. Mi espíritu no te abandonará un solo instante, con objeto de infundir ánimo al tuyo para que tú des con el misterio cuyo velo debes rasgar para descubrir la alegría de vivir.

—Se agradece la buena idea.

—¿Quieres avisar a tu jefe que estoy aquí, para saludarle mientras tú me preparas el pasaje?

—En seguida... Señor Penjolder, el señor Morrell, nuestro mutuo amigo, desea decirle cuatro palabras. A propósito: ¿tendrá usted la amabilidad de indicarme dónde están los billetes para Río de Janeiro?

—¡Ah! ¡El señor Morrell se marcha allí?... ¿Cómo está usted, amigo mío?

—Atareadísimo, señor Penjolder, como siempre. ¿No tiene usted nada para Río de Janeiro?

—Nada más que desearle a usted un buen viaje. Y no se entretenga, porque el paquebote "Presidente" zarpa dentro de media hora.

—Sí, es verdad. ¿Ya está listo mi pasaje?

—Sí, Santiago, aquí está.

—Adiós, pues, señores.

—Hasta la vuelta, Santiago.

—Hasta entonces, señor Morrell.

Carlos, al ver salir de la oficina a su mejor camarada, se siente invadido de envidia.

—De buena gana me iría yo también a Río de Janeiro con él—dice delante de su jefe, quien le responde;

—Es una travesía larga... y costosa. Si no hace usted ahorros durante un año...

—Naturalmente, los "pobres" no se pueden permitir el lujo de portarse bien con su antojo; la pobreza es una semiesclavitud.

—No tanto, hombre, no tanto...

Poco después, dos minutos escasos, entra precipitadamente en la Agencia una bellísima señorita. Su prisa y su rostro asustado llaman la atención de Carlos.

—¿Qué desea usted, señorita?—le pregunta.

—Podría usted decirme si el "Presidente" salió ayer para Río de Janeiro?

—No, señorita: sale dentro de media hora.

—¡Ah! ¿Aun está en puerto?

—Naturalmente, señorita. ¿Temía usted no haber llegado a tiempo? ¿Quiere usted adquirir un pasaje?

—No, no...

—Es un viaje muy bonito y Río de Janeiro le agradará mucho.

—¡Oh, no! Es el único punto de la tierra al que no deseo ir... Muchas gracias por su dato, señor... Adiós.

—¡Vaya velocidad!—dijo para sí Carlos, ante la rapidez con que se marchaba la desconocida.

De pronto, fijándose en un guante que ésta había olvidado en la oficina, Carlos, que seguía pensando en la linda carita de la misteriosa mujer, se lanzó a la calle para devolvérselo.

En la misma puerta de la Agencia, Carlos tropezó con cierta violencia con un señor muy barbudo que le midió de arriba abajo mientras él se disculpaba.



Ese señor se personó en la oficina, atendiéndole el señor Penjolder en ausencia de Carlos.

—Soy un agente diplomático americano en Río de Janeiro. Deseo anular mi pasaje para el paquebote "Presidente", y le agradeceré, por tanto, se sirva hacer desembarcar mi equipaje antes de que zarpe el barco. Le dejo a usted, para que se pueda efectuar esa operación con toda normalidad, mi pasaporte y mi pasaje. Volveré más tarde.

El personaje de las barbas salió apresuradamente de la Agencia, al tiempo que Carlos se disponía a reintegrarse a su puesto, sin haber podido dar alcance a la bella desconocida, y de nuevo los dos hombres tropezaron uno con otro, midiendo el primero al segundo, por doble vez, de muy mala manera.

—Podía usted avisar que no tiene ojos, joven.

—Dispéñeme el señor, mas el caso es que usted tampoco me ha visto a mí, ni esta vez ni la primera.

Y el viejo se alejó refunfuñando.

—Tome usted, Carlos. Con estos documentos—un pasaporte y un pasaje—haga desembarcar inmediatamente el equipaje en este último especificado. Váyase ahora mismo al muelle.

—Volando, señor Penjolder.

Pero al ir a cumplir con todo celo la orden superior, Carlos vióse obligado a atender a dos clientes más.

—¿Qué se les ofrece, señores?

El caballero—pues era una pareja—respondió:

—Vengo a recoger unos pasajes reservados a nombre de Leopoldo.

—Perfectamente. Aquí están. ¿Tiene usted la bondad de enseñarme los pasaportes?

—Helos aquí.

—No veo más que dos, y los billetes reservados son tres. ¿Tiene usted algún otro pasaporte?

—(Tenemos que enseñar también el pasaporte de Margarita) susurró el hombre en secreto a la mujer.

Al serle entregado el tercer pasaporte, Carlos se sorprendió interiormente sobremanera contemplando la fotografía pegada al mismo, y se le escapó esta pregunta:

—Pero ¿esta señorita también embarca?

—¿Qué decía usted?—inquirió el cliente.

—Yo no digo nada. Me confundí...

Y cuando aquella pareja se hubo marchado, en "auto", hacia el muelle, para embarcar, Carlos, fiel cumplidor de su deber, se dirigía a toda velocidad allí mismo.

Al poner él pie en el embarcadero, se procedía a la carga de los últimos bultos que debía llevar consigo el buque, y Carlos respiró por haber llegado a tiempo de obtener el desembarque del equipaje del cliente que había renunciado a su viaje.

Antes de penetrar en la bodega del paquebote, le fué grato ver sobre cubierta del buque a Morrell, a quien saludó agitando su sombrero en alto, correspondiéndole aquél.

Además, sin él querer, sus ojos divisaron un rostro agraciadísimo que nada había logrado arrancar de su mente: el de Margarita, la enigmática pasajera que no quería embarcar... y que estaba en el barco con la sospechosa pareja.

Margarita, cruzándose sus miradas con las de Carlos, le sonrió levemente para entristecer luego.

—Qué raro es lo que le pasa a esa señorita—murmuró.



Pero como el tiempo apremiaba, Carlos introdujose en la bodega y pretendió que desembarcasen los mundos y maletas del agente diplomático que se quedaba en tierra.

—Vengo a recoger este equipaje—dijo a uno de los empleados de servicio.

—Espere un momento. Mi compañero está poniendo un poco de orden en la carga, para facilitar la operación de descarga en cada puerto donde hace el buque escala.

Carlos, impacientándose cada vez más, esperó... y la espera se hizo larga, tan larga que no pudo menos de recriminar la frescura de los empleados.

—A ver si van ustedes a devolverme ese equipaje que les pido en Río de Janeiro.

—¿Qué equipaje?

—Si ya te lo dije, Cayetano... Este joven espera los bultos del billete n.º 12.430. Hay que tirar fuera esos bultos.

—¿Tirarlos? ¿Adónde, Eulogio?

—¡Vaya una pregunta! ¿A dónde ha de ser? ¡Al muelle!

—¿Qué muelle?

—¡Maldita sea!—clamó Carlos—. ¡Si ya hemos salido de Nueva York! ¿Y qué hago yo ahora?

—Dispense, joven... pero fué sin intención...—se disculparon los mozos.

—Con ella o sin ella, lo lamentable es que me han "jorobado" ustedes.

Sin saber qué partido tomar, Carlos subió a cubierta y a sus oídos llegó una amenaza del sobrecargo a un pasajero:

—Como no pruebe usted que lleva la documentación en regla pagaré su pasaje echando paletadas de carbón.

—No hay cuidado.

—Prepárese, porque luego repararé los papeles de todos los pasajeros.

Eso venía a ser como un aviso para Carlos.

Claro que si éste dijese la verdad, nada podía sucederle; pero, en cambio, serían castigados los mozos que omitieron complacer en el acto su reclamación de bultos.

Indeciso, Carlos fué sorprendido con el pasaje del agente diplomático en una mano, por un camarero, que se puso muy atentamente a sus órdenes.

—¿Busca su cabina el señor? Haga el favor, el señor, de su billete... Es aquí. ¿Necesita usted algo más?

—Sí, joven. Es necesario que yo desembarque.

—¿Se siente usted ya mareado?

—No es cosa de broma, amigo. *Debo* desembarcar.

—Voy a dar parte a quien corresponde, señor.

En tanto que Carlos esperaba, Morrell vino a pasar cerca de su cabina, y puede deducirse la sorpresa que tuvo al verle.

—¿Eres tú, Carlos? ¿Qué haces aquí?

—Esos estúpidos mozos que cargaban los equipajes me han jugado involuntariamente una mala partida. Quería recoger unos baúles... y el buque se me llevó a mí dentro de la bodega, como si yo también fuera un bulto más.

—¡Qué idiota es esta gente! ¿Y qué vas a hacer ahora?

—He solicitado mi desembarque inmediato. Volveré al puerto en un bote. Aun es tiempo. No quiero tratos con el sobrecargo, que me ha parecido ser un tío bruto ~~excesivamente~~ meticuloso en lo



que atañe a la documentación. Figúrate si me viese con este billete que no es mío, antes de conocer mi aventura. Se iba a creer que había querido probar suerte.

—¿Esta es la cabina de vuestro cliente?

—Sí, y estos maletines también. ¿Por qué me lo preguntas con esa cara?

—Porque no tengo otra, chico, digo, porque estoy buscando el modo de que puedas pasar por él.

—¿Tú crees que yo...? Ya te he dicho que ese marino no me gusta... que le creo capaz de castigarme a mí o a esos pobres chicos que el diablo lleve... Mírale... Ya está aquí. A ver qué pasa.

—Animo.

—¿Por qué quiere usted desembarcar?—preguntábele al poco el sobrecargo, rudamente.

—Pues... porque... porque se me había olvidado que tengo una cita muy importante en tierra.

—Esa no es una razón, señor, para interrumpir la marcha del buque. Si todos se acordaran en alta mar de que se han olvidado unas ligas o un pañuelo en su casa y se les metiera en la cabeza que esas ligas o ese pañuelo son su amuleto cuando salen de viaje, nos veríamos precisados, por consideración especial, a detenernos en camino tantas veces, que no llegaríamos nunca a destino.

—Es que mi caso no es un caso de ligas ni algo parecido.

Morrell se acercó en este momento al sobrecargo, como queriendo tomar parte en la conversación.

—¿Le conoce usted?—preguntóle entonces a aquél el marino.

—Sí. Es un agente diplomático que se traslada a Río de Janeiro.

—¡Ah, señor! ¿Por qué no lo ha dicho usted?—dijo humildemente el sobrecargo a Carlos.

—¡Pero si usted no me lo ha preguntado!

—Desde luego, su deseo es tomado en consideración...

Tras esto el marino desapareció.

—¿Qué le has dicho tú de mí?—inquirió Carlos



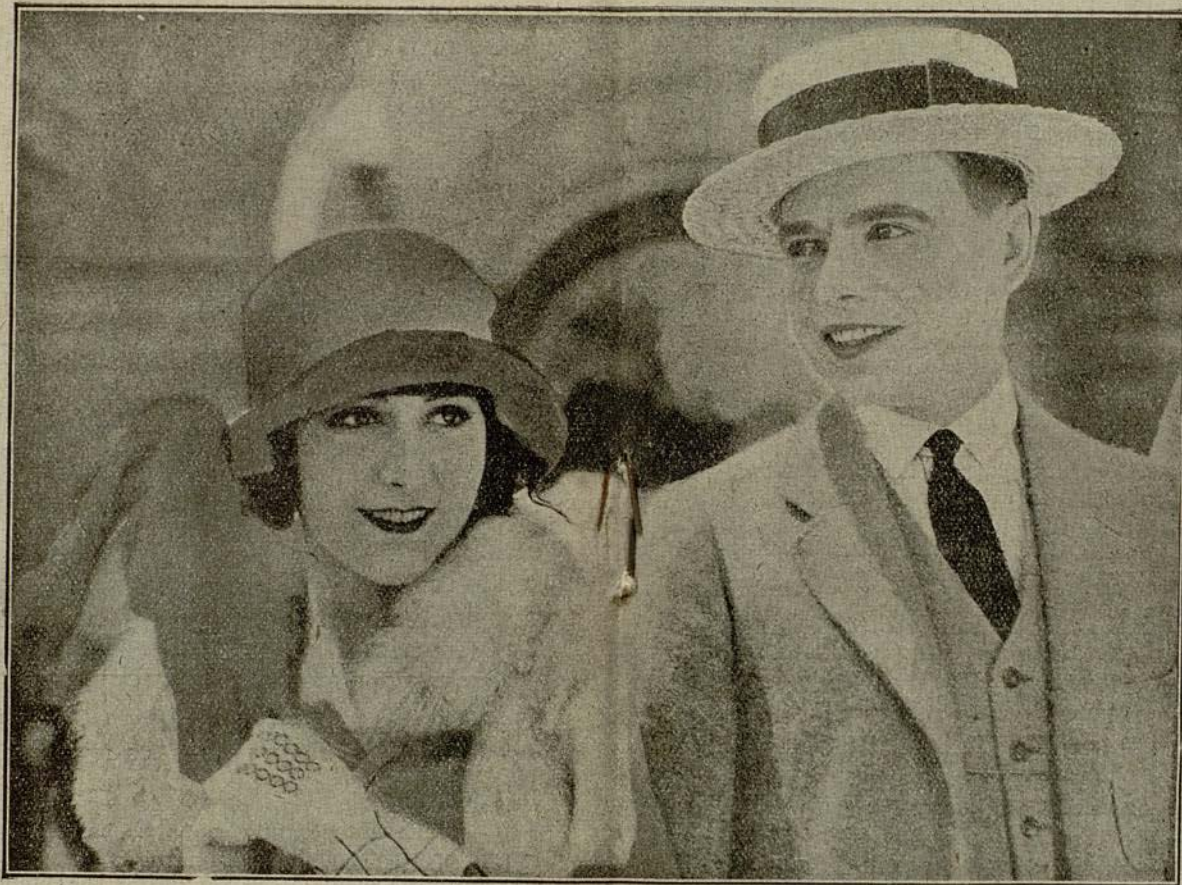
—Pues... porque... porque se me había olvidado que tengo una cita muy importante en tierra.

a su amigo.

—Oculta a todos tu nombre. Se ha creído que eres un agente diplomático.

Inopinadamente Carlos vió abrirse la ventana de una cabina, volvióse y vió asomarse—separado de





*Margarita dejó caer intencionadamente al suelo su pañuelo de bolsillo, para que Carlos lo recogiera, se lo diese, y ella pudiera aprovechar esta circunstancia para entregarle otro papelito.*



Morrell—a Margarita, que le suplicó casi imperceptiblemente:

—Ayúdeme usted.

—Sí—respondió Carlos, enamorado e intrigado.

Unos brazos empujaron hacia adentro a la joven, y el hombre aquel a quien Carlos diera los tres pasaportes en la Agencia, substituyó a Margarita en la ventanilla, muy a disgusto de nuestro "héroe".

—¿Qué decía usted?—preguntó el desconocido.

—No decía nada—replicó, cortado, Carlos.

Y cerróse la ventanilla en cuestión.

Desde este momento, Carlos no deseaba otra cosa que ayudar a la hermosa niña de ojos azules como el mar en bonanza, que confiaba en él sin conocerle.

Por esa razón, al verla, poco después, sobre cubierta, en compañía de la pareja sospechosa, le dijo a Morrell:

—¿Ves esa señorita? Esos dos tipos la llevan secuestrada o poco menos. Es necesario que no la abandonemos.

—No te metas a redentor, Carlos. Deja de lado los asuntos ajenos. Tú eres quien necesita de toda ayuda.

—No puedo desinteresarme de ella. Si tú no quieres ayudarla, yo la ayudaré.

—Me parece, Carlos, que ya te estoy viendo en la carbonera.

—Yo creo que ya no debo temer nada, toda vez que el sobrecargo cree que soy lo que no soy.

—No seas tonto, créeme, Carlos.

—Mi deber de caballero me obliga a quedarme aquí para velar por la seguridad de esa señorita.

—Haz lo que quieras; pero lamentaré mucho que

te ocurra cualquier tontería y no pueda yo serte útil en nada.

En ese instante volvía el sobrecargo para notificar a Carlos que pronto podría desembarcar.

—Estoy disponiéndolo todo para que pueda usted desembarcar con el piloto.

A lo que el interesado contestó:

—Ya no hace falta. He decidido seguir el viaje.

—Así pues, ¿ha cambiado usted de parecer?

—Sí, sí, no quiero molestar a nadie.

—(Podías decirlo antes, carcama!)—pensó el sobrecargo, dedicándole, además, siempre para sí, frascitas de pésimo gusto.

Y el malhumor del sobrecargo lo pagó el pasajero que, según él, no llevaba la documentación en regla.

—He aquí el pasaporte que usted me pidió hace un momento. Yo probaré que es el mío.

—Pero ¿cómo va usted a hacerme creer que este es su retrato?

—Pues lo es, sí, señor. Es que en la época en que yo lo hice hacer tenía bigote.

—¿A mí, no; ¿Lo oye? De modo que no perderá usted nada con dejárselo crecer antes de intentar desembarcar, porque de lo contrario es probable que se quede usted en el barco.

—No hay cuidado.

Carlos, que lo había oído todo, se dió maña a ver el retrato que figuraba en el pasaporte del agente diplomático que él suplantaba, horrorizándole la contemplación de un rostro la mar de barbudo.

—Oye, Santiago, ¿cuánto falta para llegar a Río de Janeiro?—preguntó en seguida a su amigo.

—Cinco días.



—¡ Es imposible!

—¿El que?

—Tener las mismas barbas que este tío del retrato.

—Este pasaporte no sirve nada sin el tuyo.

—¿Qué hacer?

—Sí que es este un problema muy "pellagudo".

—¡ Ya está!

—¿Dónde está?

—Digo que ya tengo la solución.

—¿Qué es ello?

—En una de las maletas del verdadero diplomático he encontrado esta máquina de retratar. Tú me retratas ahí fuera, y *ga y est*: quito este retrato del pasaporte y pongo el mío en su lugar. ¿Vamos?

—Vamos.

—Aquí mismo. Hay buena luz. ¡Anda, dispara ya!... ¿Qué haces, hombre? ¿Estás mareado? ¿Precisamente ahora te mareas? Haz un esfuerzo y me salvas, Santiago. ¡Dispara, dispara de una vez!

—No puedo. Toma. Lo que voy a hacer es tumbarme "disparado". ¡No puedo más! La "emoción" se me agolpa en la garganta.

Sin más ayuda que sí mismo, Carlos se encerró en la cabina, y allí, encontrando en el equipaje de mano del diplomático una cajita de magnesio, cargó la máquina, "posó" ante el objetivo lo mejor que pudo... y ¡pum! disparó.

La carga de magnesio había sido excesiva y la cabina se llenó de humo. Al ruido del disparo acudieron varios pasajeros y se oyeron varios gritos de "¡Fuego a bordo!"

El sobrecargo se personó en el lugar del suceso, en el momento en que Carlos salía de la cabina

fumando tranquilamente, ajeno de la alarma que su arte de retratar al magnesio había producido.

—(Este tío me está cargando más que cien toneladas de cemento)—masculló el marino.

Seguía el viaje sin más incidentes que apuntar. Otra vez que Carlos vió a Margarita paseando por cubierta, la joven le entregó en secreto un papel escrito.

Disponíase aquél a leerlo, mas no pudo hacerlo debido a la inopinada aparición ante él del acompañante de Margarita, que le miró de hito en hito.

Por si el sospechoso desconocido quería arrebatarse el papel que le diera Margarita, Carlos se lo puso en la boca y lo mascó.

El pasajero aquel a quien el sobrecargo prometiera que si no se dejaba crecer el bigote no era fácil que desembarcase en Río de Janeiro, trabó conocimiento con Carlos en aquel momento, preguntándole si tenía dolor de muelas, a juzgar por la hinchazón de su cara, a consecuencia de la bola de papel.

—No es nada, no es nada—dijo Carlos.

Y hablando se tragó el secreto, digo, la bola.

\*  
\* \*

Todo llega en este mundo.

Por tal razón hubo de llegar a Río de Janeiro el paquebote "Presidente".

El agente encargado de revisar los pasaportes



no se opuso—se conoce que era un buen padre de familia—, a pesar de los consejos del sobrecargo del buque, al paso franco del pasajero que, según ese marino, no tenía en regla sus papeles; y tampoco le hizo la menor observación a Carlos—sin hacer caso de las sospechas de última hora del cargante sobrecargo—por haberse retratado con la boca abierta como una ratonera, “pose” muy poco en consonancia con su importante personalidad.

En el muelle, el agente diplomático cesante preguntaba por el nuevo agente. El sobrecargo le mandó a Carlos, y éste, siguiendo la farsa, instigado por Morrell, no pudo revelar su verdadera personalidad.

—Yo soy Ripley, el agente que cesa. Vamos inmediatamente a la oficina. Sigánme ustedes. Voy a buscar un coche.

A solas los dos amigos, Carlos, amedrentado por el castigo de prisión con que se “premiaba” la usurpación de personalidad de un agente diplomático, estaba dispuesto a renunciar a la comedia, cuando la visión real de Margarita le dió nuevos ánimos para quedarse en Río de Janeiro hasta ver como se arreglaba todo aquello.

Margarita dejó caer intencionadamente al suelo su pañuelo de bolsillo, para que Carlos lo recogiese, se lo diese, y ella pudiera aprovechar esta circunstancia para entregarle otro papelito.

Todo salió bien esta vez, pues si en verdad el acompañante de la hermosa joven se apresuró a separarla, casi groseramente, de Carlos, no tuvo tiempo de ver como él recibía esa notita de ella.

En llegando a la oficina diplomática, Carlos leyó en un abrir y cerrar de ojos el escrito de Margarita, redactado como sigue:

*Me llamo Margarita. Me llevan a un lugar llamado Castillo de Sans Souci. ¡Ayúdeme usted!*

—¡Ah! La quieren secuestrar—se afirmó Carlos—. Pero yo no perderé de vista a esos miserables.

El diplomático cesante, hombre práctico, quería embarcar aquel mismo día con destino a su país, y en pocas palabras y escasos gestos, transfirió a Carlos, con una ligera explicación, todos los asuntos pendientes.

—...Ahora voy a hacerle entrega del dinero. Este cofre está lleno de oro. La escuadra, que actualmente se halla en Santos, debe venir a recogerlo la semana próxima. Adiós, querido colega, y buena suerte. ¡Ah! ¿Es usted buen tirador?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Por si se le presenta a usted alguna “pieza” a tiro por estas cercanías.

—Sí, sí; soy buen tirador... Gracias por el aviso. Y buen viaje.

—¡Cáspita! Un cofre de oro, alguna “pieza” a tiro... ¡ay, ay, ay, en qué lío te has metido Carlitos!—reconoció para sus adentros el interesado.

Morrell, enterado luego de todo lo hablado entre el diplomático cesante y Carlos, convino con éste en que la situación era comprometedora.

Ese diplomático substituído por Carlos volvió a la oficina para entregar a su colega unas llaves que se había olvidado de darle, y casi al mismo tiempo que aquél apareció ante Carlos el acompañante de Margarita.

—Deseo que venga usted conmigo para una cuestión muy importante—le dijo al cesante.

—Perdone, señor, pero es a mi colega a quien desde hoy incumbe atender a usted.



Partió definitivamente el diplomático cesante, y entonces, fingiendo ser lo que no era, Carlos recibió con entereza al sospechoso sujeto.

—¿Qué desea usted de mí, señor?

—¿Querría usted venir conmigo al Castillo de Sans Souci?

—Ahora no dispongo de mucho tiempo. Acabo de encargarme de esta oficina, como usted acaba de oír, y no me es posible abandonarla en este momento. Tal vez más tarde vaya.

El desconocido agradeció la promesa de Carlos y se fué, preguntándose—según Carlos—cómo era posible que un empleado de una Agencia de viajes hubiese ascendido tan repentinamente a agente diplomático.

—No puedo seguir por más tiempo fingiendo que soy lo que no soy, y voy a dar por terminada ahora mismo esta comedia para dedicarme única y exclusivamente a salvar a mi bella Margarita.

Pero como debía guardar el cofre lleno de oro bajo su responsabilidad, no encontró nada mejor, para quitarse esa responsabilidad cuanto antes, que mandar un cable a la escuadra, así concebido:

*Vengan en seguida. Urgente e importante*  
Cónsul.

Y la escuadra, obedeciendo esta orden, zarpó con rumbo a Río de Janeiro.

\*  
\* \* \*

Carlos se dirigió al Castillo de Sans Souci. Antes de entrar miró en dirección de todas las ventanas, y en una de ellas vió a Margarita.

—Le esperaba—pareció decirle ella con la mirada.

—¿Por dónde he de entrar?—preguntóle él.

—Vaya por la puerta pequeña que hay cerca de la entrada principal.

Carlos obedeció... y tras él, sin él sospecharlo, se coló en el castillo el pasajero con quien trabó conocimiento en el "Presidente".

Margarita abrió la puerta de una habitación, para hablar con Carlos a solas, mas inmediatamente unas manos la hicieron retroceder, cerrándose así mismo aquella puerta.

Luego el acompañante de la joven vió a Carlos en la casa, ignorante de su llegada.

—No sabía que había usted venido. Pase, haga el favor. Siéntese. Le presentaré a un amigo... Excelencia, este es el señor de quien le he hablado.

Carlos miró al *excelente* personaje y le pareció tan sospechoso o mas aún que el otro.

—¿Qué desean ustedes, señores?—preguntólos Carlos.

—En su oficina hay un cofre lleno de oro y deseo que usted sepa que nos pertenece por derecho propio, que es nuestro, a fin de que nos lo entregue.

—Para tratar tal asunto, no veo por qué ha habido necesidad de citarme aquí. Ese cofre ignoro en absoluto sea de su pertenencia, y no lo entregaría a ustedes si no me presentaran todos los comprobantes necesarios para acreditar a ustedes como propietarios.

—Tendremos esos comprobantes a su disposición.

—Entonces vengan con ellos a verme a la oficina.

Al despedirse, Carlos fingió marcharse, mas lo



que hizo fué subir a las habitaciones altas del castillo, en cuyo pasillo llamó repetidas veces a Margarita.

Una armadura se movía en su marco, y su mano levantaba una alabarda sobre la cabeza de Carlos cada vez que éste se ponía a su alcance.

Habiendo mal calculado su golpe en el momento en que Carlos estaba en inmejorable posición para recibirlo, la armadura clavó su alabarda en el suelo, cayendo ella a su vez.

El hombre que vestía las armas de hierro era el propio Leopoldo, que huyó a todo correr temiendo la venganza de Carlos.

Luego, éste vió moverse otra armadura y preparándose oportunamente, la mandó rodar por unas escaleras, al final de las cuales reconoció al compañero de viaje que entró detrás de él en el castillo.

—¿Quién es usted?—le preguntó Carlos.

—Un detective! Un amigo fiel de usted.

Carlos siguió llamando a Margarita. Ella le oyó y al fin pudieron cambiar algunas palabras a la puerta de su dormitorio.

—Quieren obligarme a que me case con ese hombre que me acompañaba, que se llama Leopoldo, para poder entrar en posesión de un cofre lleno de oro...

—¿Conoce usted ese cofre?

—Sí; es de mi propiedad. Debe venir a recogerlo un barco de guerra.

—El paquebote se marcha dentro de media hora. La voy a llevar a usted a bordo con su cofre. Allí estará usted segura.

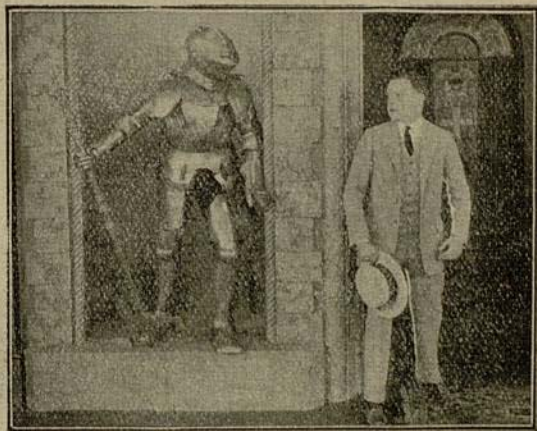
—¡Pronto, pronto!—dijo el detective—. Nos persiguen.

—Huyamos por esa ventana—propuso Carlos.

—Tengo miedo.

—No tema.

Salvando una infinidad de peripecias llenas de emoción, Carlos y el detective salvaron a Margarita, pero ésta fué recuperada por los bribones en el jardín del castillo y huyeron en "auto" en direc-



*Luego vió moverse otra armadura y preparándose...*

ción a la oficina de aquél, donde se hallaba el cofre lleno de oro.

Carlos, no abandonando a su amada, fué tras ellos, en otro "auto", cuyos frenos estaban rotos, olvidándose del detective, que no tuvo más remedio que correr con sus piernas.



Cuando Carlos llegó a su oficina, Leopoldo y "Su Excelencia" trataban de descerrajar el cofre.

—¡Atrás, ladrones!

Leopoldo se apoderó de un sable y amenazó con él a Carlos. Este, sin acobardarse, aceptó la lucha, defendiéndose con un paraguas, y la ganó gracias a ingeniosos trucos.



*...sin acobardarse, aceptó la lucha, defendiéndose con un paraguas.*

Margarita se arrojó en sus brazos, confesándole su amor ante su bravura por salvarla, y durante un buen rato Carlos tuvo a raya a todos los bribones, desde "Su Excelencia" hasta el *chauffeur* de Leopoldo.

Morrell, a quien al llegar a la oficina Carlos

halló atado y a quien desató, dijo a su amigo, en vista de que eran demasiados contra ellos para resistir, que sería mejor dejarse robar el cofre antes que perder la piel.

—No te apures. He llamado a la escuadra—le respondió Carlos.

—¿Qué dices?



*...durante un buen rato Carlos tuvo a raya a todos los bribones...*

—Sí, hombre: la escuadra no puede tardar y se llevará el cofre. Los que vengan a buscarlo nos ayudarán a castigar a esos canallas.

Y como si Carlos lo hubiese comunicado a todos, pocos segundos bastaron para que ninguno de los



"bribones" ignorase que la escuadra estaba por llegar.

—¡Vaya una ocurrencia!—se repetían todos.

Y Carlos siguió luchando con fe contra todo y contra todos, hasta que Morrell, no pudiendo contenerse más, le gritó:

—¡Detente, chico! ¡Todo es una broma!

—¿Qué dices?

—Todo ha sido una comedia dispuesta para hacerte la vida más amena.

—Pero, ¿de verdad todo ha sido una broma? ¿Y la señorita, que aun, a lo que veo, pues no ha oído lo que tú acabas de decirme, sigue interpretando su papel de víctima, también es una "cómplice" vuestra a sabiendas?

—Sí, todos...

—Tal vez hayamos ido demasiado lejos, ¿verdad?—dijo a su vez Margarita, apesurada, pues se hacía cargo del desencanto que sufría Carlos.

El detective, reventado de tanto correr, también se presentó en la oficina, y como ignoraba que Carlos conocía la verdad, hizo más comedia, naturalmente sin resultado.

En tan crítico momento llegaron dos personajes completamente desconocidos para nosotros: uno ostentando el uniforme de jefe de la escuadra y el otro vistiendo un traje claro: los dos muy serios, y de mirar severo.

Carlos, que ya se había resignado a conformarse con la broma gracias a las miraditas de Margarita, pretendió arrancar las barbas que lucía el comandante de la flota, y buen chasco se llevó al cerciorarse de su autenticidad.

Los dos recién llegados eran nada menos que el

verdadero comandante de la escuadra y el auténtico Cónsul de los Estados Unidos.

La oficina de Carlos era un piso cualquiera alquilado para interpretar la farsa. Todos los procedimientos empleados para hacer creer a aquél todo lo que hasta allí había creído, eran falsos, preparados de antemano por Morrell.



—¡Miren ustedes que tirarle de la barba a todo un jefe de la escuadra!

Para colmo de fortuna para el mejor final de la broma, resultó que el comandante era tío de Margarita y hermano de la señora con quien aquélla iba, o sea su madre.

—¡Miren ustedes que tirarle de la barba a todo un jefe de la escuadra!—exclamó éste ante Carlos,



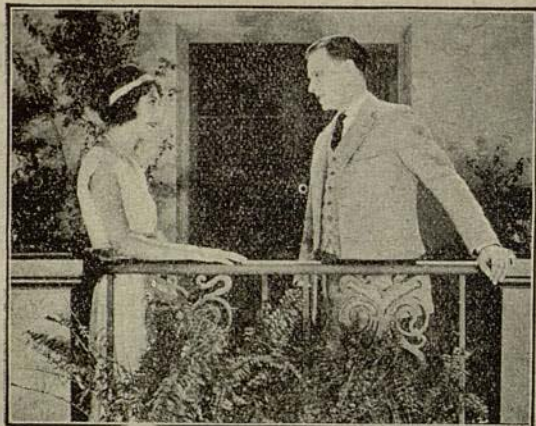
que no cesaba de mirar a Margarita, y viceversa.

—El nada sabía, tío...

—Quea usted perdonado por "inocente".

—Gracias—dijeron a un mismo tiempo Margarita y Carlos.

Y aislándose, éstos, de los demás en el florido balcón del Consulado de cuento, Carlos le dijo a



—¡No, yo a ti no te perdono! Te condeno a cadena perpetua... en mis brazos.

Margarita:

—¡No, yo a ti no te perdono! Te condeno a cadena perpetua... en mis brazos.

Y esta es la hora que aun siguen abrazados.

¡Ay, el p. l. i. e. r. e. n. l. a. c. e!

FIN